

Retórica y Economía: un balance después de los primeros veinte años

Ramón García Fernández¹
Huáscar Fialho Pessali²

Las discusiones metodológicas tradicionales en economía trataban de los más variados asuntos, compartiendo la mayoría de ellas una preocupación normativa. O sea, desde las perspectivas más disímiles, la gran pregunta era cual sería la mejor manera de producir conocimiento científico en este campo. Podemos afirmar que una característica común a estas investigaciones era la escasa atención dada al proceso de argumentación, o sea, a la manera en la que los economistas tratan de convencerse unos a otros. Esa actitud parece bastante natural si se considera que las preocupaciones de los metodólogos partían del presupuesto de que lo importante era el resultado final del proceso de conocimiento, el cual sería conclusivo; no sería relevante por lo tanto la manera en que se llegase a él.

En ese sentido, una preocupación innovadora fue introducida a mediados de la década de 1980, especialmente a través del trabajo pionero de Deirdre (entonces Donald) McCloskey. Esta autora destacó la importancia del debate entre los economistas, llamando el estudio de ese proceso de argumentación como “retórica de la economía” (McCloskey, 1983). Esa denominación, perfectamente adecuada al contenido de su trabajo, representaba de alguna manera un arma de dos filos. Por un lado, la palabra retórica permite vincular sus investigaciones a un ramo del saber a respecto del cual se acumuló todo un vasto cuerpo de conocimiento que se remonta a la antigüedad clásica, y que se encuentra hoy con enorme vitalidad, a pesar de haber sido virtualmente ignorado, sino despreciado, durante buena parte de los dos siglos anteriores. Pero esta misma razón hace que la elección pueda ser considerada arriesgada; esa actitud general de aprensión en relación a la retórica no desapareció, y muchas veces la simple mención de su nombre puede provocar la desconfianza de aquellos que entran en contacto con ella por primera vez o, en forma paradójica, interés por motivos equivocados (el de imaginar que su objetivo es mostrar la manera en que los economistas sistemáticamente mienten).³

¹ Profesor de la Escuela de Economía de San Pablo de la Fundación Getulio Vargas, San Pablo, Brasil.

² Profesor del Departamento de Economía de la Universidad Federal de Paraná, Curitiba, Brasil.

³ En ese sentido, Houck (2002, p.137) nota la misma cuestión, al afirmar que “...usar un término tan provocativo como retórica para guiar la crítica económica a partir de la propia disciplina, es, bien,

Discutiremos en este artículo cuales son las características de esta corriente de la metodología económica llamada de retórica de la economía. Para ello, discutiremos en la primera sección lo que se entiende por retórica, destacando su larga tradición, que incluye la existencia de algunas corrientes que son sus adversarias desde hace siglos. La segunda sección estudia el surgimiento de la retórica de la ciencia, un nuevo campo de conocimiento cuyo simple nombre habría sido considerado auto-contradictorio hace pocos años. Pasamos entonces a una tercera sección que enfoca las características específicas de la relación entre economía y retórica. La cuarta y última sección describe algunos trabajos significativos para este campo de estudio, y hace un balance sobre la trayectoria y las perspectivas de este tipo de enfoque.

1. La idea de retórica.

Hay muchas definiciones de retórica, y una manera tradicional de empezar artículos de revisión es comparar varias (Covino & Jolliffe, 1995; Gill & Whedbee, 1997). Sin proceder de esa manera, escogeremos una conceptualización que destaca el énfasis que adquirió en los estudios en economía, donde ella es generalmente entendida como el estudio de la persuasión, por lo tanto como “...el arte de descubrir creencias justificables y de mejorarlas a través del discurso compartido” (Booth, 1974, p. xiii)⁴. O, con un matiz algo diferente, “La retórica es el uso de argumentos para persuadir nuestra audiencia en una conversación honesta (y el estudio de eso)” (Mäki, 1995, p. 1303).

En estas definiciones, vemos que por lo tanto no toda comunicación entra en el ámbito de la retórica: un sargento dando órdenes a sus soldados, un turista pidiendo informaciones sobre el horario de un tren, o un vecino dando los buenos días a otro utilizan el lenguaje de una manera que ella no estudia. La retórica se fija en las situaciones en que alguna persona está hablando con otra(s) con el objetivo de persuadirla(s) o convencerla(s) de algo. Típicamente, este foco de interés es denominado situación retórica, la que puede ser representada por el triángulo retórico (Ramage *et al*, 2003), en cuyos vértices se encuentran el orador, la audiencia y el mensaje que aquel quiere transmitirle a esta. Esa visión tripartita viene del mundo

provocativo (...) Para la masa de los economistas, la retórica está muy lejos del paradigma existente para ser algo creíble”.

⁴ Cuando mencionamos trechos de trabajos consultados y publicados en otras lenguas, optamos por traducirlos al castellano.

griego clásico, cuna de la retórica, según la cual hay tres elementos (medios de persuasión, o en griego, *pisteis*) que entran en el proceso de persuadir a través de la conversación: uno de ellos consiste en los argumentos racionales (el *logos*) usados por el orador. Pero también al evaluar los argumentos de un orador son llevados en cuenta su carácter y su credibilidad (su *ethos*); el tercer factor que también altera el impacto de un discurso son las emociones (el *pathos*) de la audiencia, en la medida en que son modificadas por el orador.

Las situaciones retóricas típicas del mundo clásico podían ser la de un político defendiendo un punto de vista en una asamblea, o un litigante presentando su perspectiva en un juicio (personalmente o a través de un abogado). Esa idea inicial fue extendida posteriormente, y hoy se entiende que también la conversación entre pocas personas constituye una situación retórica; inclusive, como muestra Nienkamp (2001), podemos entender perfectamente que los seres humanos toman sus decisiones y forman juicios de valor a través de procesos mentales que pueden ser vistos como una retórica interna. Véase también que las situaciones típicas eran esencialmente debates orales; sin embargo, a medida en que la escritura se fue difundiendo, la idea de situación retórica se extendió también al texto. Evidentemente, el tipo de interacción entre los tres elementos del triángulo en este caso es muy diferente, pero lo que se mantiene es la idea de que la escritura también permite que un autor persuade a sus lectores a través del uso de argumentos.

La mala fama de la retórica también viene del mundo clásico, y ciertamente no faltan motivos para la desconfianza de los críticos. Evidentemente, la disciplina que puede ser utilizada para encontrar la mejor manera de presentar la causa de un inocente puede también ser usada para confundir al jurado con el fin de dejar libre al verdadero culpable. Más aún, en el origen de esa desconfianza está la idea de que la verdad se impone por sí propia (es auto-evidente) pero la mentira sólo se sustenta a través de técnicas de argumentación que distorsionen los hechos. Algo parecido puede ocurrir en el debate político o moral: a la fuerza intrínseca de los argumentos justos o correctos, sólo alguien motivado por ignorancia o por maldad podría, valiéndose de artimañas verbales, oponer deliberadamente argumentos injustos o incorrectos, que podrían llegar a confundir al público.

Frente a esa actitud de desconfianza se torna importante destacar, inicialmente, que las más diversas ciencias y artes, y no únicamente la retórica, pueden ser utilizadas para el bien o para el mal. Pero aún más importante talvez sea recordar que en todas las

situaciones mencionadas en el párrafo anterior se parte de una clara división según la cual alguien sabe con seguridad que es lo verdadero, justo, correcto, bueno y bello, y por lo tanto sólo los necios o los viles tratarían de usar trucos retóricos para defender lo falso, injusto, incorrecto, malo y feo. Sin embargo, debería resultar evidente que en muchísimas circunstancias de las decisiones humanas cotidianas esos dos lados no están perfectamente definidos. En esas situaciones, no hay más salida que argumentar a favor o contra determinada posición para tratar de llegar a determinar lo que es verdadero, etc. Y en ese caso el arte que estudia como las personas argumentan, tratando de encontrar maneras mejores para hacerlo, es una herramienta indispensable para alcanzar los objetivos más nobles.

La valoración positiva de la retórica depende, por lo tanto, de nuestra manera de evaluar el tipo de problemas con los que nosotros, seres racionales, nos encontramos con mayor frecuencia. Según Chaim Perelman, probablemente el nombre más importante del resurgir de la retórica en el siglo XX, Aristóteles ya había mostrado la existencia de dos tipos de razonamientos, los que se aplican básicamente a diferentes situaciones: los analíticos, en los que se estudia la relación entre premisas y conclusiones independientemente de la verdad o falsedad de aquellas, y los dialécticos, en los cuales las premisas son opiniones generalmente consideradas válidas en un cierto contexto cultural. Estos últimos, por lo tanto, tendrían el propósito de persuadir, presentando argumentos más o menos fuertes pero que nunca serían apenas formales (Perelman, 1993, p.21-2). En ese caso, los argumentos a los que recurrimos son más o menos plausibles, pero no son garantizados. Y cuando razonamos a partir de ellos llegamos a conclusiones que también son sensatas pero no seguras. En ese caso, un tipo específico de estructuración del razonamiento, el silogismo, correspondería a demostraciones formales, mientras que los entimemas⁵, argumentos cuyas premisas son sólo probables, serían los adecuados a la retórica.

Esas consideraciones destacan la proximidad entre lógica y retórica. Véase a ese respecto la siguiente afirmación del filósofo contemporáneo Richard Rorty (2006, p.70)

“Algunos filósofos ven una diferencia importante entre lógica y retórica (...) Yo no. Hay, por supuesto, una diferencia entre argumentos buenos y malos, pero este es un problema de la audiencia para la cual el argumento es dirigido. Un argumento sólo es bueno para el público que acepta sus premisas. Existe también

⁵ Hay diferentes conceptos de entimema. Aristóteles los consideraba como silogismos en los que algunas de las premisas quedaban implícitas; el concepto usado aquí está más vinculado a los trabajos contemporáneos de Perelman y de Lloyd Bitzer.

una diferencia entre argumentos enunciados con sinceridad y argumentos enunciados cuando ni siquiera su proponente los encuentra convincentes. Y, claro, hay una distinción entre los argumentos deductivos que son válidos formalmente y los que no lo son. Pero, hechas esas tres distinciones, no necesitamos ninguna diferencia adicional entre lógica y retórica”.

Por lo tanto, debe haber quedado claro que un asunto central para la retórica es la idea de razón, desde que ella no sea igualada únicamente con la lógica y la demostración⁶. Aquí cabe recordar que, como afirma Stephen Toulmin (2001), del sustantivo “razón” surgieron dos adjetivos, racional y razonable, que adquirieron significados muy diferentes, y la retórica se encuentra entrañablemente vinculada con la razón en esta última perspectiva. En realidad, los defensores de la importancia de la retórica sostienen que la razón en sí es retórica (Brown, 1987). Se puede afirmar en consecuencia que:

“La retórica no es lo mismo que la lógica, pero son campos de investigación afines. La lógica estudia la manera por la cual una cadena de razonamientos lleva de las premisas a conclusiones indiscutibles. La retórica también estudia como los oradores y su audiencia razonan, yendo de las premisas a las conclusiones, pero se encuentra localizada en el ámbito de la incertidumbre y de la verdad probable, en el que las conclusiones son más cuestionables que indiscutibles.” (Covino & Jolliffe, 1995, p. 8)

Podemos sugerir, por lo tanto, de acuerdo a John O’Neill (1998), que la retórica es compatible con los dos mayores proyectos intelectuales creados por la humanidad para conocer la verdad: la ciencia y la filosofía.

2. De la retórica clásica a la retórica de la ciencia.

Los comienzos de la reflexión sobre retórica se encuentran en la Grecia clásica. Sin la pretensión de hacer una historia de esta arte en el pensamiento de Europa Occidental (lo cual fue hecho con competencia por muchos otros autores, como p.ej. Conley, 1994) nos limitaremos a recordar que los filósofos conocidos como sofistas (entre ellos Protágoras, Gorgias e Isócrates) pueden ser vistos como los iniciadores de la

⁶ En ese sentido, Frank (2004) propone que Perelman, al igual que otros intelectuales que pasaron por la experiencia de la Segunda Guerra, entendieron que el totalitarismo se caracteriza por la aceptación de premisas incuestionables a partir de las cuales se sacan conclusiones por una cadena lógica que no lleva en cuenta la experiencia y que no da margen para discusiones. Al contrario, para ellos la costumbre de argumentar llevaría a una “aproximación de las mentes” que sería una barrera contra las actitudes totalitarias.

retórica, mientras que Platón fue uno de sus principales detractores. Aristóteles, aunque le hizo algunas restricciones, también ayudó en su desarrollo, y su “Retórica” continúa siendo una referencia fundamental para los estudiosos contemporáneos. En el mundo romano, la obra de diversos autores, especialmente Cicerón y Quintiliano, no sólo sirvió como síntesis de las tradiciones griegas y latinas, sino que sería la base de la enseñanza de la retórica en los siglos posteriores. Vale la pena destacar que para Quintiliano la evaluación de un discurso no quedaba limitada a las virtudes de su contenido, sino que era esencial considerarla a la luz de la credibilidad del orador, que debía ser un “varón bueno, perito en el hablar”.

Si podemos hacer una regla general, diríamos que, cuanto más democrática es una sociedad, y/o mayor es el debate de los más diversos asuntos y la pluralidad de las perspectivas, mayor tenderá a ser el papel de la retórica como instrumento para desarrollar y defender ideas; al contrario, en una sociedad menos abierta la retórica tiende a volverse más formalista, concentrándose más en los aspectos de estilo que en los de contenido. En ese sentido, podemos decir que eso ocurrió con la retórica medieval, la que no produjo trabajos esenciales para esta revisión, aunque su importancia cultural se demuestra cuando consideramos que ella formaba parte de la educación básica (del *trivium*) de las universidades surgidas en esa época. Por ese mismo principio, podemos imaginar, correctamente, que la retórica tendría un florecer con el humanismo renacentista, evidente en Erasmo y Montaigne. Sin embargo, a partir de Petrus Ramus y de su discípulo, René Descartes, se pasó a considerar crecientemente que la retórica debería restringirse a cuestiones de estilo, dejando para la lógica los problemas de estudiar la estructura de los argumentos. Y aunque en los siglos XVIII y XIX el bel-letrismo británico (representado p.ej. por George Campbell, Adam Smith, Hugh Blair y Richard Whately) produjo obras influyentes hasta en nuestros días, podemos afirmar que en términos generales el conocimiento avanzó a lo largo de ese período en un clima intelectual que se caracterizaba crecientemente por lo que Philip Mirowski denominó “el vicio cartesiano” o sea, considerar que “..*el único razonamiento es el razonamiento formal y que el único pensamiento es el pensamiento consciente*” (1988, p.140).

Ese clima intelectual de predominio de un racionalismo absoluto, relegó la retórica a sus momentos de menor impacto intelectual; como dice Toulmin (1990, p.83), “...a partir de 1650, los pensadores europeos fueron tomados por un apetito por teorías universales y atemporales (...) Como un gran Moloch, este apetito por teoría consumió

todas las ramas de filosofía práctica: ética casuística, política práctica, retórica y todo lo otro”(todo esto ocurrió a pesar del indiscutible avance de la democracia en el período, contrariando así la regla general que propusimos anteriormente).

De esa manera, al escribir en 1958 lo que vendría a ser la obra esencial para el resurgir de la retórica a mediados del siglo XX, su “Tratado de la argumentación”, Chaïm Perelman e Lucie Olbrechts-Tyteca tuvieron que afirmar que con su énfasis en el término retórica “esperamos que nuestra tentativa resucite una tradición gloriosa y secular” (1989, p.36). La aceptación amplia de la retórica en nuestros días sugiere que ellos fueron exitosos, pero esta resurrección no es tan inexplicable, entre otras cosas porque diversas tendencias en el clima intelectual ayudaron a que ocurriera ese resultado.

En primer lugar, debe mencionarse que en las universidades de los EEUU, especial pero no exclusivamente en sus departamentos de comunicación, se había mantenido viva la tradición retórica aún en sus peores momentos; nombres como los de I.A. Richards y Kenneth Burke tenían brillo propio en el firmamento intelectual de ese país. Además, y probablemente más importante, algunos cambios en la propia filosofía fueron esenciales, entre los cuales debe destacarse el “giro lingüístico” de los filósofos analíticos que a partir de comienzos del siglo XX habían puesto al lenguaje en el centro de las atenciones, aunque con el espíritu, diametralmente opuesto a la retórica, de tratar de llegar a un lenguaje libre de imprecisiones. Años más tarde, el trabajo de otros filósofos originarios de la tradición analítica (entre los cuales es imposible no mencionar al “segundo” Wittgenstein⁷ y a Austin) deshizo el sueño de que un día sería posible llegar a un lenguaje lógicamente puro que eliminaría todas las ambigüedades del saber humano.

Al mismo tiempo, la idea de que no existe una base sólida para el conocimiento (que no existen fundamentos últimos para el mismo) coloca a la conversación que busca la verdad en el centro del proceso de producción del saber. La importancia atribuida por esos motivos a la conversación es una característica común a filósofos con formaciones muy diferentes (y a veces con importantes divergencias entre ellos) como ocurre con Richard Rorty, cuyos orígenes intelectuales lo vinculan a la filosofía analítica y al

⁷ De acuerdo con Nelson *et al* (1987b, p.9), Wittgenstein “...intentó inicialmente asimilar el lenguaje a la alegadas certidumbres de la lógica y las matemáticas. Pero más tarde él renunció a esa obsesión por la certidumbre favoreciendo un énfasis práctico y retórico por los lenguajes humanos vistos como juegos entre hablantes, oyentes y actores. La metáfora del juego llama nuestra atención para el toma y daca, el llevar y traer, de las argumentaciones reales”.

pragmatismo norteamericano, y Jürgen Habermas, que trabaja dentro de la Teoría Crítica vinculada al marxismo de la Escuela de Frankfurt. Otro importante movimiento filosófico que también tiene una perspectiva compatible, por estos mismos motivos, con la retórica, es la corriente hermenéutica desarrollada principalmente por Hans-Georg Gadamer y Paul Ricoeur. Por otra parte, el clima de crítica al racionalismo cartesiano ya venía desenvolviéndose desde finales del siglo XIX e inicios del XX, como lo testimonian los trabajos de Nietzsche e de Heidegger.

Toda esta serie de transformaciones en la filosofía en general acabó quebrando el consenso surgido en la primera mitad del siglo XX en el campo de la filosofía de la ciencia en torno al positivismo lógico. Esa visión fue enfrentada por un grupo de autores con diferentes orígenes, que formarían conjuntamente la perspectiva llamada del “crecimiento del conocimiento”. A pesar de sus diferencias, personas como Thomas Kuhn, Imre Lakatos y Paul Feyerabend tenían en común la actitud de pensar que observar lo que los científicos realmente hicieron y hacen es más provechoso para entender el funcionamiento de la ciencia que desarrollar principios sobre como debería ser el trabajo científico correcto, y en ese sentido comenzó a ser cada vez más difícil separar la filosofía de la ciencia de la historia de la misma. Además, esta actitud de tratar la ciencia como una actividad humana como otras acabó estableciendo contactos con otras áreas del saber, especialmente la sociología de la ciencia. Y aunque los iniciadores de esta ciencia creían que ellos sólo podrían estudiar las características del trabajo científico externas al mismo (p.ej., edad o religión de los científicos), sus seguidores llegaron a la conclusión de que el contenido de las actividades también era tan pasible de análisis como cualquier otra actividad que los científicos hacen. Esto llevó al surgimiento de la Sociología del Conocimiento Científico y, en términos más generales, de toda una nueva área de especialización, los Estudios de Ciencia y Tecnología. Uno de los principales pensadores de esta área, Stephen Fuller, propone lo que él considera el mandamiento fundamental del área: “La ciencia debe ser estudiada igual que cualquier otro fenómeno, o sea, científicamente (y no basándose en forma acrítica en testimonios de autoridades, evidencias anecdóticas y cosas semejantes)” (Fuller, 1993, p.9)

El resurgir de la retórica se combinó con esta nueva actitud en relación a la ciencia, ahora fuera de su torre de marfil, y eso originó el estudio de la argumentación en todos los ámbitos del conocimiento. El primer objeto de estudio fueron las ciencias humanas, y uno de los más importantes núcleos de discusión se agrupó en la

Universidad de Iowa, siendo conocido como Proyecto sobre la Retórica de la Investigación (cuya sigla es, en inglés, POROI, palabra griega que puede significar “maneras” o “caminos”)⁸. y entre cuyos miembros se encontraba la iniciadora de la retórica en economía, D. McCloskey.

Poco después, las investigaciones superaron las limitaciones auto impuestas, y entraron en las llamadas “ciencias duras”. Este paso permitió constituir un nuevo campo de investigación, la Retórica de la Ciencia, a pesar de que los especialistas en retórica habían afirmado tradicionalmente que el discurso científico no podría encontrarse entre sus objetos de investigación (Bitzer, 1968). Sin embargo, el importante volumen de trabajos en esta área muestran que esa prohibición fue superada. Todos esos trabajos consideran evidente que no hay diferencias significativas entre la manera en que argumentan los científicos y el resto de las personas. En las palabras de Alan Gross, autor del primer texto de sistematización de este nuevo campo:

“Los razonamientos retóricos y científicos no difieren en género, apenas en grado. Ninguna inducción puede ser afirmada rigurosamente: todas cometen la falacia de la afirmación del consecuente (...) La certeza deductiva es igualmente una quimera: requeriría la aplicación uniforme de leyes de pensamiento que deberían ser verdaderas en todos los mundos posibles (...) Dado que las lógicas de la ciencia y de la retórica son diferentes apenas en grado, ambas son adecuadas para las análisis retóricas.” (1996, p.12)

Es importante insistir en que la afirmación de que la ciencia es retórica no representa un esfuerzo por disminuirla. Estamos de acuerdo con Bazerman (1988, p.321) cuando dice que “...la persuasión está en el corazón de la ciencia, no en uno de sus bordes menos respetables. Una retórica inteligente, practicada dentro de una comunidad de investigadores seria, experimentada, conocedora y comprometida, es un método serio de buscar la verdad”.

3. El proyecto retórico en economía.

El desarrollo de la retórica de la ciencia llevó a la proliferación de muchas “retóricas de” (como sugirió John Lyne, 1998, p.4). Entre ellas, una de las primeras fue la retórica de la economía, en lo que influyó la presencia de McCloskey en Iowa.

⁸ Acerca de la constitución del *Poroi*, vease McCloskey (1994a, p.16-7) y Harris (1997, p.xix-xxi). La colección de artículos de Nelson et al (1987) puede ser vista como el primer manifiesto colectivo de los integrantes del programa.

Efectivamente ella, llegada de Chicago pocos años antes, publicó en 1983 su primer artículo sobre retórica, el que tuvo un gran impacto en la profesión. Dos años más tarde, publicó un libro que es básicamente una versión extendida de ese artículo combinado con otras publicaciones de la autora (McCloskey, 1985). En esas obras, ella sugería que entre los economistas se había desarrollado una actitud algo esquizofrénica, porque al trabajar efectivamente en su ciencia lo hacían bien, pero al tratar de justificar metodológicamente su trabajo se apoyaban en una perspectiva filosóficamente obsoleta que no era la que en realidad usaban; peor aún, si la hubieran usado, se habría paralizado completamente el desarrollo de su ciencia. Esa perspectiva, una mezcla de algunos elementos de positivismo lógico, falsificacionismo e instrumentalismo, es la que ella sintetizó con la palabra “modernismo”, caracterizado por su énfasis en evidencias objetivas, pruebas cuantificables y análisis positivos (McCloskey, 1983, p.486). Sin embargo, ella afirmó que la manera en que los economistas discuten no sigue de ninguna manera esos criterios y enfatizó la importancia de estudiar las maneras en que los economistas se convencen mutuamente.

Como ya mencionamos, el clima intelectual de la época favorecía el desarrollo de este tipo de estudios, no sólo en Iowa. Efectivamente, en ese mismo año fue publicado un libro que estudiaba las polémicas entre algunos de los principales macroeconomistas contemporáneos. Ese libro del economista holandés Arjo Klamer (1984) muestra, a través de entrevistas con esos autores, que ellos no se basan únicamente en los hechos comprobados que la metodología oficial propugna, sino también lo hacen en una variedad de razones, que van de posiciones políticas a preferencias estéticas. Al mismo tiempo, pero sin alcanzar impacto internacional, el economista brasileño Pérsio Arida publicó un artículo que también enfatizaba la importancia de mirar las polémicas en la historia del pensamiento económico desde un punto de vista retórico, o sea, como discusiones que no se resolvían apenas a través de la presentación de evidencias conclusivas. En sus palabras: “Ninguna controversia importante en teoría económica fue resuelta a través de la mensuración empírica (...) no hay reglas comunes de validación que sean aceptadas por todos los participantes en controversias relevantes” (Arida., 2003, p.33). Este autor había vuelto recientemente al Brasil después de unos años en el MIT, lo que influyó en su aproximación con las ideas de retórica (a pesar de que no tuvo influencia directa de los otros pioneros de esta perspectiva).

Los trabajos iniciales de McCloskey provocaron un significativo revuelo en la comunidad de los economistas; algunos, aunque simpáticos a su posición, objetaron cuestiones específicas pero otros criticaron duramente la perspectiva en su conjunto. Algunos de los momentos más importantes de estas polémicas iniciales fueron los debates que ocurrieron en el Wellesley College en 1986 (después publicados como Klamer *et al.*, 1988) bien como los artículos que aparecieron en el periódico *Economics & Philosophy* (vol.4, nº1). Más tarde aparecieron otras dos obras colectivas (Samuels, 1990 y Henderson *et al.*, 1993) reflejando el creciente interés de los economistas por cuestiones relacionadas a su manera de argumentar. McCloskey también publicó otros libros (1990, 1994a, 1996 y 2000) básicamente desarrollando su perspectiva.

A pesar de las polémicas a veces sumamente calurosas que despertó, no consideramos que el proyecto retórico⁹ en economía represente una visión extremadamente constructivista. McCloskey no cree que la realidad sea creada por el lenguaje, y por lo tanto afirma que "... alguien que no sea un realista al menos en parte del tiempo no puede cruzar la calle sin ser atropellado" (1995, p.1320). Ella enfatiza que todo tipo de argumentos (inclusive los "duros": datos, teoremas, regresiones, etc.) son utilizados en nuestro esfuerzo por convencer. Su idea de ver la retórica como el conjunto de la argumentación, del silogismo a la burla, y no apenas como lo que sobró después que la lógica y las evidencias hicieron su trabajo (1994b, p.16-17), ayuda a comprender lo que ella quiere decir con esa palabra. Pero, dado que no existe la prueba definitiva que permita decidir quien tiene razón, ella sugiere que las disputas no pueden ser resueltas por discusiones metodológicas, sino a través de conversaciones honestas.

Enfatizar la importancia del acuerdo en la conversación no significa, sin embargo, olvidarse de la verdad. Pero McCloskey introduce una diferencia fundamental entre la 'verdad' con minúsculas, "aquella que es más hecha que encontrada", y la 'Verdad', con mayúsculas, "encontrada en la mente de Dios" (1994a, p.211). Para ella, la 'verdad' es un concepto importante, porque "existe algo como una verdad objetiva, el acuerdo que todos hacemos para el propósito de navegar en el mundo y en la sociedad (...). El problema es que no parece haber manera de saber si alcanzamos la Verdad Objetiva, con V y con O mayúsculas" (1994a, p.319). Al contrario, la búsqueda de la Verdad con mayúsculas casi siempre trae problemas: "La idea misma de Verdad – algo

⁹ El concepto de "proyecto retórico" no fue usado por McCloskey, sino que fue acuñado en una entrevista de Arjo Klamer con Young Back Choi (1991, p.132). Nosotros lo usamos aquí porque entendemos que muestra que el estudio de la retórica de la economía es un campo abierto que va más allá de las brillantes contribuciones originales de sus pioneros.

con V mayúscula, algo más allá de lo que es meramente persuasivo para todos los que tienen relación [con un asunto], es una quinta rueda, que no es funcional excepto cuando se suelta y le pega a un espectador” (1985, p.46-7). En su visión, es más interesante decir si algo es ‘correcto’ para algún fin que decir si es ‘verdadero’, y por eso recuerda la discusión de que hace Austin (1975) sobre la frase “Francia es hexagonal”, para sostener que no se gana nada proponiendo que una afirmación es verdadera o falsa sin que se sepa el contexto en que ella está siendo levantada.

Sin embargo, no es cualquier conversación la que permite el avance de la ciencia. Para que una conversación sea fructífera, sus participantes deben seguir ciertas reglas de conducta que permitan el desarrollo de un proceso racional de persuasión mutua. Según McCloskey, esa idea se encuentra en la obra de Jürgen Habermas con el nombre de “ética del discurso”¹⁰. Estas reglas forman un conjunto que creemos no provoca mayores controversias: “*No mienta; preste atención; no se burle; coopere; no grite; deje hablar a los otros; tenga una mente abierta; explíquese cuando se lo solicitan; no recurra a la violencia o a la conspiración para ayudar sus ideas*” (McCloskey, 1994a, p.99).

Pero aún cuando participamos de una conversación de este tipo, muchas veces los desacuerdos persisten. En las ocasiones (muchas o pocas) en que los participantes llegan a un acuerdo, sin embargo, ellos pueden afirmar conjuntamente que entienden que cierto fenómeno puede ser caracterizado de tal manera, por ejemplo afirman que “nos pusimos de acuerdo en que Y es una característica de X”. Si se acepta en general que ese es un grupo competente en el estudio de X e Y, podemos reducir la frase para “Y es una característica de X”. En ese caso, podemos extender esa afirmación a la frase equivalente “Es verdad que ‘Y es una característica de X’”. En esa perspectiva, la verdad es el consenso al que se llega (si y cuando se llega) en una conversación honesta¹¹.

Esta visión sobre la verdad, en economía o en cualquier otro ámbito, ha sido muchas veces mal recibida, porque se entiende que aceptar un consenso de especialistas en verdad transformaría la verdad en algo relativo (“¿Si ayer la comunidad científica aceptaba A, y hoy lo opuesto de A, significa eso que antes A era verdadero y que hoy no lo es más?”). En ese espíritu, Park y Kayatekin (2000) dicen que McCloskey estaría mezclando dos nociones muy diferentes de “patrones de conversación”, una habermasiana, cuyos normas éticas se derivarían de una ética universalista que permite hablar de meta-reglas transcendentales, y una rortyana,

¹⁰ McCloskey dice que esa idea se encuentra en Habermas (1975).

¹¹ Esta visión de verdad como consenso es una herencia de la tradición pragmatista norteamericana que afirmaba, con Peirce, que la verdad es el límite al que converge la creencia de una comunidad científica sobre un asunto, a través de una investigación continuada. Como enfatiza Bernstein (1983, p. 77), aquí la característica esencial de esta tradición es su énfasis en el carácter comunitario del conocimiento. La relación entre la retórica y el pragmatismo americano se encuentra desarrollada en Gala *et al.* (2006)

cuyos estándares dependen de un acuerdo de la comunidad (una ética neo-aristotélica); según esa crítica, la validez de un enunciado sería algo diferente de su aceptación para Habermas, pero no para Rorty y McCloskey. Entendemos que esta crítica tiene dos problemas: en primer lugar, para McCloskey (y, según ella, para Habermas) las reglas que permiten que ocurra una buena conversación son muy genéricas, y en ese sentido son válidas en cualquier tiempo y lugar; se aplican a conversaciones que pretenden hacer avanzar el conocimiento entre médicos, economistas o alquimistas, en el Egipto de los faraones, en Florencia renacentista y en una universidad europea contemporánea. Pero, al contrario, al salir del nivel de las meta-reglas para el del conocimiento concreto, tanto las premisas de las que se parte como la idea de que constituye una evidencia aceptable, y por lo tanto también la noción de lo que se puede aceptar como verdadero, son completamente específicas para cada una de esas comunidades históricamente situadas. Por eso, entendemos que no es contradictorio defender ambas perspectivas, porque entendemos que son complementares y no substitutas.

Sin embargo, la crítica al consenso por el consenso en sí es válida, porque podría justificar cualquier acuerdo, inclusive uno obtenido por la fuerza (basada en una simple mayoría numérica, o en diferencias de poder de un grupo minoritario sobre el resto). Efectivamente, la única manera en que una comunidad científica puede descubrir sus errores es al estar expuesta a las críticas. Por lo tanto, el consenso alcanzado por la fuerza no es el consenso al que Rorty y McCloskey hacen referencia, porque es alcanzado violando la ética del discurso. Como sugiere Balak (2006), eso muestra la centralidad de la cuestión ética para McCloskey: sin una comunidad científica que siga altos patrones éticos, el conocimiento no puede avanzar. Entendemos que eso puede ejemplificarse si pensamos en una comunidad de científicos que viola las normas éticas al no abrir espacio para las voces divergentes: en la mejor de las hipótesis, puede registrarse circunstancialmente algún avance, pero nunca sabrán cuando están equivocados si callan las voces disonantes.

4. Un balance sobre la situación del proyecto retórico.

Transcurridos más de veinte años desde la aparición de los primeros textos discutiendo la relación entre retórica y economía, podemos afirmar que el impacto del proyecto retórico ha sido grande, pero tal vez no tanto cuanto prometía ser en su inicio. Prácticamente todos los libros contemporáneos sobre metodología de la economía se refieren a esta perspectiva, y aún los que se le oponen más frontalmente se sienten en la obligación de parar para criticar sus propuestas. Sin embargo, la aparición de trabajos encuadrados en esta perspectiva ha sido bastante modesta, y los investigadores en economía que con ella se identifican son pocos. Para formar un cuadro más detallado de esta situación, comentaremos a continuación algunas obras

que han usado la perspectiva retórica en economía. Este análisis no es exhaustivo, y pretende apenas dar una muestra del tipo de trabajo que se hace en el área.

Algunos autores han empleado la perspectiva retórica para hacer un corte temático, estudiando asuntos específicos en teoría económica. Por ejemplo, William Milberg (1996) analiza, a través de una tipología que él elabora, los argumentos que permiten pasar de la teoría a las recomendaciones de política en el campo de comercio internacional, tomando como objeto de estudio los artículos publicados en algunos periódicos en años seleccionados. Metin Cosgel (1996) combina la perspectiva retórica con el análisis de los tipos de narrativas propuestos por el crítico literario Northrop Frye para estudiar la desaparición del empresario emprendedor (*entrepreneur*) en la economía neoclásica y su importancia en otras corrientes teóricas¹². Conste que la literatura especializada no ha sido el único objeto de análisis; también la argumentación de los libros de texto en economía ha sido estudiada, como por ejemplo en George (1990) y en Klamer (1990).

Otro tipo de trabajo muestra la importancia de la perspectiva retórica para toda una corriente de pensamiento, como es el caso del artículo en que Milberg & Pietrykowski (1994) recomiendan que los economistas marxistas se aproximen a la retórica (y de otras corrientes pos-estructuralistas) no sólo para mejorar su teoría, sino también porque consideran que estas visiones filosóficas son mucho más compatibles con el marxismo que con la ortodoxia.

Una de las vertientes más desarrolladas ha sido la de trabajar obras de un determinado autor, sea analizando un trabajo específico, sea considerando diversos escritos suyos. Este tipo de trabajo ya se encuentra en el libro pionero de McCloskey (1985), especialmente en los capítulos dedicados a John Muth, a Ronald Coase y a Robert Fogel, aunque también la autora dedica secciones más cortas a Gary Becker y a Robert Solow, entre otros autores..

Los estudios sobre la retórica de la economía en el mundo ibero-americano no han sido muy abundantes, hecha la excepción de Brasil, donde un pequeño grupo de investigadores trabajó en los últimos años dentro de esta perspectiva¹³. Algunos estudios monográficos sobre autores específicos merecen ser recordados. Entre ellos, deben ser mencionado los artículos de Bianchi & Salviano Jr. (1999) y de Bianchi (2002), focalizando algunos textos de Raúl Prebisch; el de Gala (2003), sobre la obra de Douglass North; los de Anuatti (2003) y Vieira (2007), sobre Keynes; y también los diversos trabajos de los autores de este artículo sobre la obra de Oliver Williamson (Fernández & Pessali, 2003; Pessali & Fernández, 2005; Pessali,

¹² La importancia del estudio de la argumentación haciendo un corte temático a través de distintos autores y escuelas también se extiende a metodólogos que no se refieren a los trabajos de McCloskey y sus seguidores, como es el caso del estudio de Andy Denis (2004) sobre dos estrategias retóricas para defender el *laissez-faire*. Entendemos que esto muestra que la idea de que estudio de la argumentación es algo relevante llegó a círculos que no necesariamente tienen vínculos y/o muestran simpatía por el proyecto retórico.

¹³ Las obras colectivas editadas por Rego (1996) y por Gala & Rego (2003) reúnen parte significativa de estos trabajos.

2006). Debe ser además mencionado el artículo en que Aldrighi & Salviano Jr (1996) irónicamente apuntan las armas del análisis retórico contra el artículo pionero de McCloskey. También el instrumental retórico ha sido empleado para estudiar algunas controversias, como el artículo de Dib (2003) sobre la que envolvió en la década de 1940 a dos de los grandes nombres del pensamiento económico y de la política económica brasileñas, Roberto Simonsen y Eugenio Gudín. Cabe agregar, finalmente, la existencia de dos volúmenes integrados por entrevistas con algunos de los principales economistas brasileños, ciertamente inspirado por el seminal trabajo de Klamer anteriormente mencionado (Biderman et al., 1996; Mantega & Rego, 1999).

De todas maneras, a pesar de que estos trabajos permiten *insights* muy interesantes, no se puede ignorar que, aún en las revistas especializadas en metodología de la economía, poco se ha escrito desde la perspectiva retórica. Al estudiar el campo mayor de la retórica de la ciencia, Harris (1997), destaca cuatro grandes tipos de trabajos: a) Gigantes de la ciencia, que se vuelca a la obra de los principales autores de una determinada disciplina; b) Controversias en ciencia, estudiando las polémicas entre especialistas; c) Ciencia pública, dedicada a las polémicas que salen del ámbito de los especialistas y entran en la arena pública; d) Escribiendo ciencia, que se concentra en los textos y su evolución (p.ej., analizando las diferentes versiones de un trabajo, etc). Entre ellos, por lo menos el segundo y el tercer tipo han sido muy poco trabajadas en economía.

Puede pensarse que, como todo trabajo interdisciplinario, las dificultades que la retórica de la economía enfrenta surgen de que exige que sus practicantes sean especialistas en dos áreas bastante diferentes; o sea, ni los especialistas en retórica tendrían tiempo y paciencia para aprender el sofisticado instrumental, en gran parte formalizado, de la economía (¿ortodoxa?) contemporánea, ni los economistas querrían tener que aprender toda la larga tradición, llena de nombres griegos y palabras difíciles, de los especialistas en retórica. Aunque un fondo de verdad puede existir en esas afirmaciones, estamos viendo al mismo tiempo surgir áreas como la neuroeconomía, que con seguridad exigen la combinación de conocimientos tan dispares, sino más, que aquellos que la retórica de la economía exige, por eso pensamos que esa explicación es insuficiente.

En ese sentido, entendemos que el mayor problema de la retórica de la economía es que no ha sido capaz de desarrollar lo que se llamaría, en los términos de Kuhn, una “ciencia normal”. Muchos trabajos diferentes en el área muestran contribuciones que consideramos interesantes, pero no se ha constituido lo que podríamos denominar como un paradigma, en el sentido de un trabajo que pueda ser considerado un modelo a ser imitado y replicado por otros. Véase que, paradójicamente, Collier (2005) menciona que en la mayoría de las áreas interdisciplinarias en que la retórica ha sido aplicada, los trabajos característicos han sido estudios de caso, bien adecuados al formato de tesis o artículos, pero que falta, en ese exceso relativo de trabajos monográficos, una reflexión filosófica más profunda. Ese problema puede

ser sin duda relevante en otras áreas, pero es muy curioso que la economía ese riesgo parece completamente lejano. Entendemos que falta exactamente desarrollar en economía ese camino paciente, de construir una escuela con investigadores jóvenes que se vuelquen a trabajos menos ambiciosos pero sin duda esenciales; no es recomendable en la retórica de la economía, y en ningún campo de la ciencia en realidad, que haya más personas queriendo hacer las grandes síntesis que construyendo poco a poco la visión de la escuela. Y creemos que, si ese estilo de trabajo no se desarrolla, ciertamente los avances en este campo dependerán de iniciativas aisladas que, por más importantes que sean, tendrán sistemáticamente muchas dificultades para reproducirse.

Referencias bibliográficas

- ALDRIGHI, Dante & Cleofas SALVIANO Jr. (1996). "A Grande Arte: a Retórica para McCloskey". In REGO, José Márcio, ed.: *Retórica na Economia*. San Pablo: Ed. 34, p.81-97.
- ANUATTI, Francisco (2003). "Persuasão Racional: uma análise do Esforço de Keynes na Formação de uma Opinião Favorável à Mudança nas Políticas Econômicas". In GALA, Paulo & José Márcio REGO, eds., p.283-308.
- ARIDA, Pérsio (2003) [1984]. "A História do Pensamento Econômico como Teoria e Retórica". In GALA, Paulo & José Márcio REGO, eds., p.13-44.
- AUSTIN, J. L. (1975) [1955]. *How to do things with words*. Cambridge (MA): Harvard University Press
- BALAK, Benjamin (2006). *McCloskey's Rhetoric: Discourse Ethics in Economics*. London & New York: Routledge.
- BAZERMAN, Charles (1988). *Shaping Written Knowledge: the Genre and Activity of the Experimental Article in Science*. Madison: University of Wisconsin Press.
- BERNSTEIN, Richard (1983). *Beyond Objectivism and Relativism: science, hermeneutics and praxis*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- BIANCHI, Ana Maria (2002). "For Different Audiences, Different Arguments: Economic Rhetoric at the Beginning of the Latin American School". *Journal of the History of Economic Thought*, 24(3): 291-305.
- & Cleofas SALVIANO JR. (1999). "Raul Prebisch and the beginnings of the Latin American school of economics: a rhetorical perspective". *Journal of Economic Methodology*, 6 (3): 423-438.
- BIDERMAN, Ciro; Luis Felipe COZAC & José Márcio REGO (1996). *Conversas com economistas brasileiros*. San Pablo (Brasil): Ed. 34.
- BITZER, Lloyd (1968) "The Rhetorical Situation". *Philosophy and Rhetoric*, 1 (1): 1-14.
- BOOTH, Wayne (1974). *Modern Dogma and the Rhetoric of Assent*. Chicago & London: University of Chicago Press.
- BROWN, Richard Harvey (1987). "Reason as Rhetorical: on Relations among Epistemology, Discourse and Practice". In Nelson *et al.*, p.184-97.
- CHOI, Young Back (1991). "An Interview with Arjo Klamer". *Methodus*, 3 (1): 131-7.
- CONLEY, T. M.(1994). *Rhetoric in the European tradition*. Chicago: The University of Chicago Press.
- COLLIER, James H. (2005). "Reclaiming Rhetoric of Science and Technology: Knowing In and About the World". *Technical Communication Quarterly*, 14 (3): 295-302.

- COSGEL, Metin (1996). "Metaphors, Stories and the Entrepreneur in Economics". *History of Political Economy*, 28 (1): 57-76.
- COVINO, William A. & JOLLIFFE, David (1995). "What is Rhetoric?". In William Covino and David Jolliffe, eds., *Rhetoric: Concepts, Definitions, Boundaries*. Boston: Allyn and Bacon.
- DENIS, Andy (2004). "Two Rhetorical Strategies of Laissez-faire". *Journal of Economic Methodology*, 11 (3): 341-357.
- DIB, Darwin (2003), "A controvérsia do planejamento na economia brasileira: a retórica como instrumento de transmissão de crenças". In GALA, Paulo & José Márcio REGO, eds., p.250-82.
- FERNÁNDEZ, Ramón García & Huáscar PESSALI (2003). "Oliver Williamson e a Construção Retórica da Economia dos Custos de Transação". In GALA, Paulo & José Márcio REGO, eds., p.205-229.
- FRANK, David A. (2004). "Argumentation studies in the wake of the *New Rhetoric*". *Argumentation and Advocacy*, 40 (4): 267-283
- FULLER, Steve (1993). *Philosophy, Rhetoric and the End of Knowledge: the Coming of Science and Technology Studies*. Madison: University of Wisconsin Press.
- GALA, Paulo (2003). "A Retórica na Economia Institucional de Douglass North". In GALA, Paulo & José Márcio REGO, eds., p.189-203.
- & José Márcio REGO, ed (2003). *A História do Pensamento Econômico como Teoria e Retórica: Ensaio sobre Metodologia em Economia*. San Pablo (Brasil): Ed. 34.
- ; Danilo Araújo FERNANDES & José Márcio REGO (2006). "Pragmatismo e economia: elementos filosóficos para uma interpretação do discurso econômico". *Estudos Económicos*, 36 (3): 637-661.
- GEORGE, David (1990). "The Rhetoric of Economic Texts". *Journal of Economic Issues*, 24 (3): 861-878.
- GILL, Ann M & Karen WHEDBEE (1997). "Rhetoric". In VAN DIJK, Teun (ed.), *Discourse as structure and process*. Londres: Sage, p. 157-184.
- GROSS, Alan G. (1996). *The Rhetoric of Science*. Cambridge (MA) and London: Harvard University Press, 2nd. Ed.
- HABERMAS, Jürgen (1975). *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Buenos Aires: Amorrortu.
- HARRIS, Randy Allen (1997). "Introduction". In Randy A Harris, ed., *Landmark Essays on the Rhetoric of Science: Case Studies*. Mahwah (NJ): Hermagoras Press, p.xi-xlv.
- HENDERSON, Willie, Tony DUDLEY-EVANS & Roger BACKHOUSE, eds. (1993). *Economics and Language*. London & New York: Routledge

- HOUCK, Davis (2002). " 'It helps to be a Don if you're going to be a Deirdre': revisiting the Rhetoric of Economics". *Argumentation and Advocacy*, 39 (2): 130-140.
- KLAMER, Arjo (1984). *Conversations with Economists: new classical economists and opponents speak out the current controversy in macroeconomics*. Totowa (NJ): Rowman & Allanheld.
- KLAMER, Arjo (1990). "The textbook presentation of economic discourse." In Warren Samuels, ed. *Economics as Discourse: an analysis of the language of economists*. Boston: Kluwer, pp. 129-54.
- ; Donald McCLOSKEY & Robert SOLOW, Eds. (1988). *The consequences of economic rhetoric*. Cambridge & New York: Cambridge University Press.
- LYNE, John (1998). "Knowledge and Performance in Argument: Disciplinarity and Proto-theory". *Argumentation and Advocacy*, 35 (Summer), 3-9.
- MAKI, Uskali (1995). "Diagnosing McCloskey". *Journal of Economic Literature*, 33 (3): 1300-18.
- MANTEGA, Guido & José Márcio REGO (1999). *Conversas com economistas brasileiros, II*. San Pablo (Brasil): Ed. 34.
- MC CLOSKEY, Deirdre N. (1983). "The Rhetoric of Economics". *Journal of Economic Literature*, 21 (2): 481-517.
- (1985). *The Rhetoric of Economics*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- (1990). *If you're so smart: the narrative of economic expertise*. Chicago: University of Chicago Press.
- (1994a). *Knowledge and persuasion in economics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1994b). "How Economists Persuade". *Journal of Economic Methodology*, 1 (1): 15-32.
- (1996). *The Vices of Economists, the Virtues of the Bourgeoisie*. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- (2000). *How to be Human, Though an Economist*. Ann Arbor: Michigan University Press.
- MILBERG, William (1996). "The Rhetoric of Policy Relevance in International Economics". *Journal of Economic Methodology*, 3 (2): 237-259.
- & Bruce PIETRYKOWSKI (1994). "Objectivism, relativism and the importance of Rhetoric for Marxist Economics". *Review of Radical Political Economy*, 26 (1): 85-109.
- MIROWSKI, Philip (1988). *Against mechanism*. Totowa (NJ): Rowman & Littlefield.
- NELSON, John; MEGILL, Alan & McCLOSKEY, D.N., Eds. (1987a). *The Rhetoric of the Human Sciences*. Madison and London: Univ. of Wisconsin Press.

- NIENKAMP, Jean (2001). *Internal Rhetorics: towards a history and theory of self-persuasion*. Carbondale & Edwardsville: Southern Illinois University Press.
- O'NEILL, John (1998). "Rhetoric, Science and Philosophy". *Philosophy of the Social Sciences*, 28 (2): 205-25
- PARK, Man-Seop & Serap KAYATEKIN (2000). "McCloskey, economics as conversation and Sprachethik". *Cambridge Journal of Economics*, 24 (4): 565-580.
- PERELMAN, Chaïm (1993) [1977]. *O Império Retórico: Retórica e Argumentação*. Trad. (port.) Fernando Trindade e Rui A. Grácio. Porto: Asa.
- & Lucie OLBRECHTS-TYTECA (1989) [1958]. *Tratado de la Argumentación*. Trad. (esp.) Julia Sevilla Muñoz. Madrid: Gredos.
- PESSALI, Huáscar (2006). "The rhetoric of Oliver Williamson's Transaction Cost Economics". *Journal of Institutional Economics*, 2 (1).
- & Ramón García FERNÁNDEZ (2005). "Negotiating Transaction Cost Economics: Oliver Williamson and his audiences". Trabajo presentado en la conferencia: *Rhetoric and Economics: an Interdisciplinary conference*. Decatur (IL), junho de 2005.
- RAMAGE, John; John BEAN & June JOHNSON (2003). *Writing Arguments: a Rhetoric with Readings*. Nueva York: Pearson-Longman, 6ª ed.
- REGO, José Márcio, ed (1996). *Retórica na Economia*. San Pablo: Ed. 34.
- RORTY, Richard (2006). *Take care of freedom, and truth will take care of itself: interviews with Richard Rorty*. Stanford (CA): Stanford University Press.
- SAMUELS, Warren J., org. (1990). *Economics as Discourse: an Analysis of the Language of Economists*. Boston: Kluwer.
- TOULMIN, Stephen (1990). *Cosmopolis: the hidden agenda of modernity*. Chicago: University of Chicago Press.
- (2001). *Return to Reason*. Cambridge (MA) & Londres: Harvard University Press.
- VIEIRA, José Guilherme (2007). "O discurso de Keynes: retórica na Teoria Geral". *Anales del XII Congreso de Economía Política*, San Pablo, junio de 2007 (CD-Rom).